



Fragmento capítulo cómo aprenden los niños nuestras reglas

### .... " **CÓMO APRENDEN LOS NIÑOS NUESTRA REGLAS**

Después de salir de la escuela infantil Esteban, de 19 meses, se ha ido con papá a pasar una tarde estupenda en el parque, al lado de casa. La temperatura era ideal, ha corrido, ha montado en el tobogán, en los columpios... Llevan arena en los bolsillos y en los zapatos como muestra de lo bien que lo han pasado. De camino a casa, pasan por la tienda para comprar algunas cosas para la cena.

Salen de la tienda, y se van para casa donde les espera el placentero y necesario baño; después, la cena y el cuento diario en la cama, donde se achucharán un montón. Esteban se va relajando y, cuando ya queda muy poquito para llegar a casa, pide que su papá le coja en brazos. Luis, su padre, sopesa la situación y dado lo poquito que queda por llegar, las bolsas que tiene que transportar, el estado de su espalda y la energía de su hijo, decide no cogerle y decirle tranquilamente y de forma cariñosa:

"Esteban, cariño, papá no puede cogerte en brazos. Voy cargado con las bolsas, me duele un poco la espalda y, además, ya queda muy poquito, y con lo grande y fuerte que tú eres, lo tienes chupado"

Esteban le mira, y responde alzando los brazos, y con cara de "cógeme"

Luis decide responder lo siguiente:

"Esteban, ¿estás cansado? Venga, cariño, que ya queda muy poco".

El niño responde sentándose en el suelo y poniéndose a llorar: va a hacer lo posible para que su padre le coja en brazos.

Luis, intenta convencerle, diciéndole que él es capaz, pidiéndole que se levante del suelo: ¡Venga, por

favor! Si has estado en el parque corriendo hasta hace cinco minutos. Levántate, no te voy a coger en brazos, ¡Sólo vas a conseguir que me enfade! ¡Como sigas con esa actitud, esta noche no vamos a leer el cuento!

Pasan unos segundos, pero Esteban no cambia su actitud ni un ápice. Sigue sentado en el suelo llorando.

Luis va enfadándose cada vez más, repitiendo una y otra vez lo mismo, que no parece afectar a su hijo en lo más mínimo y, pasados unos minutos, dice:

“¿Será posible? Ven aquí, Esteban. Te voy a coger, pero que sepas que papá está muy enfadado. Crees que llorando y quedándote sentado lo consigues todo, pues no es así. Esta vez te voy a coger, pero ni una vez más, ¡que lo sepas!

Esteban ve hechos que confirman que las palabras de su padre no son importantes: le ha cogido en brazos cuando sus palabras le decían que no lo iba a hacer. Le ha dicho que llorando no se consiguen las cosas, cuando a base de llorar ha conseguido su objetivo. Así que él ya sabe qué tiene que hacer para conseguir sus propósitos y, simplemente, lo hace. Las palabras del padre no son importantes; sus actos, sí.

Los niños aprenden de forma concreta. Sus creencias y percepciones sobre las normas que sus padres les enseñan están basadas principalmente en su experiencia, no necesariamente en las palabras que les dicen, y si ambas informaciones se contradicen, siempre prevalecen los hechos. Este dato tiene importantes implicaciones sobre las formas de enseñar las reglas. Se hace de dos maneras básicas: con las palabras y con los hechos. Por medio de ambas cosas se aprende una lección, pero sólo los actos son concretos. Los hechos consiguen que las palabras sean creíbles.

Cuando las palabras se corresponden con los actos de forma coherente, los niños aprenden a confiar en las palabras y a reconocer las normas que hay detrás de ellas. Sin embargo, cuando las palabras no se corresponden con los actos, los niños aprenden a ignorarlas y basan sus creencias en lo que realmente ocurre. En realidad, están aprendiendo dos tipos de reglas: las reglas habladas y las reglas que se ponen en práctica. Esta fundamental falta de comunicación acerca de reglas y expectativas es la razón de que la mayoría de las reglas bien intencionadas fracasen.

Es más, las palabras que no van acompañadas de hechos hacen que, inevitablemente, los padres pierdan credibilidad, y eso fomenta lo que se considera “sordera infantil a las normas”. Ellos aprenden a “oír”, pero no a “escuchar”. Saben que pueden hacerlo, pues realmente.....

Fragmento capítulo conocer el objetivo o finalidad de una conducta es imprescindible para saber como actuar.

**...” CONOCER EL OBJETIVO O FINALIDAD DE UNA CONDUCTA ES IMPRESCINDIBLE PARA SABER CÓMO ACTUAR**

Cuando digo imprescindible, me refiero a que si no sabemos cuál es la finalidad o el objetivo de una conducta, es posible que no sólo no seamos capaces de erradicarla, sino que podríamos alimentarla o acrecentarla. Nuestra forma de actuar debe ir precedida de un análisis. Debemos observar la conducta de nuestros niños, porque si no lo hacemos y elegimos una forma de actuar basada en el desconocimiento o en la intuición, “estaremos dando palos de ciego” y, si la situación se soluciona sin haber ido precedida de un análisis, es posible que únicamente haya habido suerte, que hayamos atinado por casualidad.

Cuando tenemos un problema determinado, el comportamiento habitual de las personas es observarlo, analizarlo y, basándose en los datos obtenidos, idear diversas opciones para su solución.

Esto que parece evidente en otros aspectos de la vida, no solemos hacerlo cuando se trata de las relaciones humanas. No lo hacemos cuando tenemos problemas de pareja, cuando hay malas relaciones con los compañeros en el trabajo, con nuestros hijos...

Creemos que los humanos somos únicos e imprevisibles; que nuestras conductas, aunque las analicemos, no nos van a llevar a conclusiones... Todo esto es sólo parcialmente cierto. Los seres humanos somos únicos y nuestra conducta no es previsible al cien por cien, es, pero no es menos cierto que existen leyes universales de aprendizaje humano, que no nos van a dar todas las respuestas, pero nos pueden acercar para comprender un poco más el comportamiento de nuestros niños. Para aumentar o disminuir conductas debemos conocer cuáles son los motivos o finalidades de éstas. Si no lo hacemos así, difícilmente seremos eficaces.

Veamos un ejemplo que represente lo anteriormente dicho:

Daniel está ya sentado en su mesa. Hoy le han explicado el concepto de alto y bajo. Nos hemos estado riendo juntos durante la comida comparando a los primos y los tíos, diciendo quiénes son más bajos y más altos. Además, hemos comprobado como la señora Paqui es bajita, mientras que la profe Sara es mucho más alta. Ahora, vamos a pegar pegatinas rojas en todas las cosas altas de la ficha y pegatinas azules en las cosas bajitas (son los deberes de hoy). Cuando termina toda la explicación, Daniel se queda mirando a mamá, como esperando algo. Mamá se acerca para ver qué es lo que ocurre, pregunta a Daniel qué es lo que debe hacer en la ficha, pero él se encoge de hombros y le dice

que no sabe. Mamá le dice que no pasa nada y le vuelve a explicar los dos conceptos con todo lujo de detalles. Cuando termina, pide que le comente qué es lo que tiene que hacer, pero Daniel se queda en silencio.

Esto ha ocurrido en más ocasiones y la madre se lo ha comentado a la psicóloga del centro y ya han descartado que el niño tenga problemas de comprensión verbal o capacidad. Daniel tiene las habilidades suficientes para aprender y captar mensajes. En este tipo de situaciones caben distintas posibilidades. Imaginemos que decidimos que se trata de “una llamada de ATENCIÓN”, que el niño quiere que estemos pendiente de él. Si esto es así, lo que, evidentemente, deberíamos hacer es no prestársela cuando no trabaja, y dársela en cuanto se esfuerce lo más mínimo. No estoy hablando de ignorar por ignorar, estoy hablando de ignorar su desidia, reforzando efusivamente cualquier acercamiento para completar su ficha. Pero, como no hemos analizado la situación y estamos “dando palos de ciego”, es posible que nos equivoquemos y Daniel quiera entrar en una LUCHA DE PODER. Si es así, nuestros esfuerzos positivos para motivarle son totalmente ineficaces; es más, esa atención que le podemos dar para motivarle irá en contra nuestra.

Él nos está echando un pulso, no quiere hacer la ficha y no quiere atención. Lo único que ocurre es que no quiere trabajar, no tiene ninguna intención de hacer la ficha. No le apetece y su finalidad es salirse con la suya. La situación se complica porque, si creemos que es atención lo que demanda e ignoramos su apatía, estará consiguiendo su finalidad, que es no hacerla; pero si fuera tener el poder, y decidimos que debe completar la ficha para acceder a la siguiente actividad (juego libre), está obteniendo atención individual y especial.

Pero aquí no acaba la cuestión. Imaginemos que, en este caso, se tratase de una manifestación de AUTOINSUFICIENCIA. Daniel cree que no es capaz de hacer la ficha o que se va a equivocar y la va a hacer mal y, entonces no la hace. En esta situación lo que precisamente necesita es atención, dirigida a transmitirle confianza en sus habilidades.

Pero ¿y si se trata de REVANCHA? Daniel puede estar enfadado con nosotros por algún acontecimiento anterior, sabe que nos importa que complete las fichas y las haga bien y, entonces, nos castiga con su actitud de no hacerla. En este caso lo correcto sería no enfadarnos e ignorar su postura, haciéndole ver que es una decisión suya, que nos importa, pero no nos afecta negativamente.

Entonces, ¿qué hacemos? Hay cuatro posibilidades:

- Le estimulamos prestando atención a sus acercamientos para hacer la ficha, haciéndole saber que sabemos va a cambiar de opinión y va a hacer la ficha (en el caso de que sea una demanda de atención).
- Le ignoramos, dándole a entender que nos importa, pero que no nos afecta negativamente (si se trata de una revancha).
- Exigimos que la ficha se complete para pasar a la siguiente actividad (si estamos ante una lucha de poder).

- Le estimulamos para transmitirle confianza en sus capacidades y habilidades (cuando vemos que se trata de auto-insuficiencia).

¿Qué opción elegimos? La opción a elegir es clara dependiendo de la finalidad u objetivo del niño.

1. Si es demanda de atención, sólo se la daremos si trabaja.
2. Si es poder, exigiremos que complete la actividad para pasar a la siguiente.
3. Si es revancha, le ignoraremos. No nos afectará negativamente que no trabaje y exigiremos que la complete.
4. Si es auto-insuficiencia, le brindaremos mucha atención para estimular su seguridad y confianza, sean cuales sean sus avances.

Como podemos observar, las opciones son diversas y, en algunos casos, contradictorias. Por ejemplo, si escogemos la opción 2 y en realidad la finalidad del niño era mostrar auto-insuficiencia, un afán de revancha o una demanda de atención, con esa actitud las estaremos fomentando y alimentando y lo más probable es que su conducta vuelva a repetirse con asiduidad.

Si escogemos la cuarta opción y nos equivocamos, porque el objetivo del niño era recibir atención, entonces Daniel seguramente va explotar su supuesta auto-insuficiencia, porque así obtiene lo que desea: atención.

Una vez observado y analizado el problema, cuando ya hemos tomado una decisión, debemos actuar, no reaccionar.

Los niños conocen y esperan nuestras reacciones, saben lo que vamos a hacer cuando dejan la cocina sin recoger, cuando no se lavan los dientes o cuando alargan la hora de ir a acostarse. Ellos saben lo que vamos a hacer y decir, porque llevamos mucho tiempo haciéndolo, son muchas las veces en las que hemos dicho lo mismo, y cuanto más lo decimos, más previsible somos. Tenemos que dejar de reaccionar y aprender a actuar. Hemos de decidir una forma de actuación y aplicarla desde el respeto, el amor, la claridad y la firmeza. Si no es así, estaremos favoreciendo las luchas de poder, la revancha; podemos estar alimentando la auto-insuficiencia, y con respecto a la atención, hay que saber que un niño prefiere atención negativa a ser ignorado.

Enrique es un niño inquieto, que muy a menudo tiende a subirse a lugares altos, como las mesas. En casa existe una norma clara: “No nos subimos a las mesas”.

El momento más habitual para hacerlo es en el que los adultos están ocupados en quehaceres domésticos, como hablar por teléfono. Enrique lo sabe: si se sube a una mesa, directamente pasa a la silla de pensar. El proceso es muy sencillo: cuando alguno de sus padres observa a Enrique subido o subiéndose a una mesa, le lleva a pensar.

Enrique decide subirse a una mesa y Laura, su madre, lo ve y dice: “Enrique, ya sabes que no debemos subirnos a las mesas, así que ahora estarás durante unos minutos pensando sobre ello”. Imaginemos que esto lo hace a.....”